



LA ÚLTIMA PARADA

I

Fué esta la última parada durante la tiranía, y la única en que formó el tirano.

La mañana del 9 de julio de 1851 amaneció húmeda, gris, lluviosa, como sus congéneres de toda la semana, del mes y de todo ese largo invierno tan frío y triste como el del *año negro* (1840). Esto no impidió que á más de los batallones de línea, en pie desde el toque de diana, lo estuvieran también los cívicos, en marchas y contramarchas dirigiéndose á la plaza Victoria. A las diez en punto, hora en que el aguacero ya no era lluvia, sino diluvio torrencial, el jefe de la «División Palermo» (2.500 hombres en las tres armas) la extendía en línea de batalla como larga cinta roja, uniformados de chiripá y bonetes colorados. Una hora después comenzado el *Tedéum* en la Catedral, al que asistían las corporaciones civiles y militares, continuando la lluvia con tanta fuerza, cayó una de las perillas del arco mayor, en la Recoba Vieja, sobre la anciana que conducía dos niños á presenciar el desfile desde el balcón de la abuela.

Al continuar los oficios en la gran iglesia casi vacía, donde la nota más saliente eran las banderas rendidas, con malos ojos vistas por agentes extranjeros, como la lluvia siguiera, el jefe que mandaba la parada envió á preguntar á Rozas si resguardaría los cívicos bajo las Recobas durante el

sermón de cierto canónigo, que entre glorificaciones al tirano y anatemas á Urquiza, más largo fué que sermón de cuaresma.

Partiendo al galope el ayudante Masculino, detuvo su braceador á pocos pasos del Gobernador, en momentos que rodeábanle curiosos oficiales de la marina inglesa, dando hurras y vivas, aplaudiendo al verle todo mojado á pie y chapaleando entre el barrial como el último de sus soldados.

—Conteste, señor ayudante—dijo,—que de cuándo acá el superior manda pedir órdenes á un jefe de división.

Con lo que partió Masculino al galope, quedando corrido el corpulento inspector de armas general D. Agustín Pinedo, que, calado por la lluvia hasta los huesos, si allí no se heló, fué por estar destinado á derretirse bajo el sol canicular del 3 de febrero inmediato, muriendo de sofocación en la derrota.

Cuando las campanas anunciaban el acto solemne de *la elevación*, presentando armas todo el ejército (luego que terminaron las salvas de los buques y el fuerte), Rozas, al mandar echar armas al hombro, exclamó:

—¡Al dios de la libertad! ¡A la tierra argentina, salud! ¡Gloria perdurable á los ilustres patriotas que acordaron virtuosos el juramento santo de nuestra independenciam de los reyes de España y de toda otra dominación extranjera.

Uno de los pilluellos color tierra, asumiendo por sí representación de toda la muchachería, gritó el *Gloria eterna al magnánimo Rozas*, que por aquellos tiempos se canturreaba en pulperías y andurriales. *Real y Medio*, famoso tambor mayor, de altísimo penacho cual sauce llorón caído por la lluvia, le regaló una divisa federal igual á la que adornaba al perro del regimiento.

Todo era colorado en aquellos tiempos: librea federal, color de sangre; cintajos en testeras, pretales y baticolas, del mismo rojo color á que no escapaban puertas, rejas y postes, como cuanto la vista descubría; la ciudad entera revestida del mismo rojo color; largos cintillos colorados á regueros de sangre parecidos; los soldados, sobre la frente; las señoras, en sus trenzas; los civiles, colgando sobre el pecho. Fué esto sin duda lo que inspiró la postrer estrofa al *poeta-mártir*, en la última noche de la tiranía, cuando el mismo Rozas sorprendió maldiciendo su nombre al jefe de Cirujanos. Atraído por luz que filtraba de su galera, abrió de pronto la portezuela, diciendo con inusitada tolerancia:

—Doctor, se ha ordenado no haya luz alguna en el campamento.

Un paso más, y hubiera leído la maldición de Cuenca:

«Roja tu cara está; roja tu frente,  
tu pescuezo, tu pecho, ó lo que sea;  
rojo está lo escondido, lo presente  
y lo que menos quieres, más rojea.»

La muerte dejó inconclusa esta octava.

El general Pinedo siguió revistando por retaguardia las tropas que daban frente al paseo de Julio, y Rozas, mandando echar armas al hombro, ordenó media vuelta, repitiendo los vivas:

«¡Viva la Confederación argentina!»

«¡Viva la honorable junta de representantes!»

«¡Mueran los salvajes, inmundos, asquerosos unitarios!»

«¡Muera el inmundo desertor de la sagrada causa americana, Santa Cruz!»

«¡Muera el asqueroso desertor de la sagrada causa americana, Flores!»

«¡Muera el loco traidor, salvaje unitario, Urquiza!»

## II

Al terminar el *Tedéum*, salía Manuelita Rozas ya con muy reducida comitiva, subiendo al balcón del Sr. Riglos para ver pasar las tropas, colocada entre el ministro de Hacienda Dr. Insiarte, que representaba la persona del gobernador en la catedral, y el Sr. Southern, ministro de S. M. B., rodeada de algunas señoras y otros agentes extranjeros.

Rozas, contramarchando, emprendió la retirada por el paseo de Julio. Al enfrentar la casa del general Pachecho (confluencia de las calles 25 de mayo y 9 de julio, antes de la «Batería Abascal»), mandó «¡Armas al hombro!», «¡Vista á la izquierda!» en honor de aquel guerrero de la Independencia.

Llegado á la barranca del Retiro, ordenó al coronel Hernández siguiera con la división á su acantonamiento de Palermo, y saltando en el caballo que allí le esperaba, cruzó á galope la ciudad, seguido de sus ayudantes, hasta la casa de Gobierno (hoy Correo), de cuya azotea presencié el desfile de las tropas. Marcando éstas *paso de respeto*, como se decía, habían estado esperando en la calle de Santa Rosa que el restaurador de todas las leyes subiera con su galoneada gorra de pastel á saludar sus buenos federales, quienes dejaron de serlo pocos meses después, volviéndole las espaldas en la primera ocasión.

De inusitada solemnidad se empeñó Rozas en rodear aquella su última parada, que así la presentía, desde que declaró al más poderoso de sus sos-

tenedores «loco, traidor, salvaje unitario,» á consecuencia de su pronunciamiento dos meses antes.

A ocho mil cuatrocientos ochenta hombres, ascendieron los que formaron en ese aniversario de la independencia, incluída solamente una compañía de cada uno de los cuerpos del ejército de línea y milicia, con sus cuarenta y tres piezas de artillería volante.

A la muchichanga zaparrastrosa y embarrada, indispensable avanzada de todo desfile, seguían los altos gastadores, que parecían más gigantes con sus morriones de media vara sobre el largo mandil de blanca gamuza, llevando al hombro hachas, picos y palas. Pitos y tambores, chinescos y medias lunas, el bombo y los platillos formaban la banda de música. Tras el primer batallón al mando del coronel Quevedo, de blancos *vericuis* cruzados sobre el pecho, seguían el del mayor Aguilar, del comandante Ximeno, de Romero (D. S.), el batallón «Serenos» del comandante Larrzábal, el del teniente coronel Herrera y del mayor B. Romero. En pos de la brigada, brillante artillería de Chilavert (cada cañón tirado por doce artilleros y escoltado por dos cuartas de diez y seis); cerraba la columna el «escuadrón de Abastecedores» á las órdenes del coronel D. Valerio Sánchez, todos uniformados de colorado.

Entonces no marchaban como al presente ambulancias de la Cruz Roja á retaguardia, y muchos fueron los enfermos que por tan fría y prolongada lluvia cayeron. A más de uno tocó en la parada el punto preciso donde caía á plomo grueso chorro de agua del saliente caño de azotea, permaneciendo sin moverse horas enteras bajo martirio tan inquisitorial. Otros mal abrigados y peor alimentados, todos en ayunas, extenuados desfallecían. A pesar de que Rozas pretendiera desplegar en aquella última parada todo su poder, haciendo ostentación de fuerzas, muchos de sus soldados, pálidos y macilentos, decaídos del entusiasmo federal de pasados tiempos, más semejaban espectros movidos sin voluntad, asistiendo á los funerales de la Santa Federación que el tirano personificaba.

## III

Pocos meses después el escenario se hallaba transformado por completo. Parecía que la patria vieja y los hombres de mayo resurgían con nueva vida. Era el propio autor del Himno nacional gobernador de Buenos Aires, y se vieron por vez primera los últimos restos de los militares de la Independencia congregados bajo las bóvedas de la catedral, rogando á Dios no volviera ningún tirano. Ausente el gobernador propietario, otro

glorioso general le substituía, brigadier D. Manuel Guillermo Pinto. El secretario predilecto del Protector, general Guido, mandaba la parada, y el hermano político del mismo general San Martín, coronel Escalada, todavía con garbo y gentileza llevaba la primera bandera de la guardia nacional.

Todo había cambiado, cual si la fuerte lluvia pasada hubiera lavado ó destiñera el rojo. Nueva mariposa salía de la crisálida esplendente de brillantes colores; un pueblo activo, alegre y animado, demostrando su expansión entre vivas y gritos de entusiasmo, llenaba calles, plazas y paseos. Celestes y blancas eran las banderas que adornaban balcones, puertas y ventanas, y de blanco y celeste marchaban en fila numerosas escuelas infantiles. Gallardetes, estandartes y banderas revestían los arcos, el cabildo, la pirámide, las recobas; festones y guirnaldas, cenefas, cintas y colgaduras, como el cielo azul celeste que, al cruzarle majestuosa nube blanca sobre aquella misma plaza la lluviosa mañana del 25 de mayo de 1810, diseñó los colores de la bandera al pueblo que nació aquel día.



Milicia, 1845

¡Qué de músicas y cohetes, bombas y gritería poblaban los aires, de movibles multitudes atropellándose á la plaza Victoria, reflejando todas las caras satisfacción por veinte años comprimida! El hijo de un virrey guardia de corps de Carlos IV, teniente coronel José Olaguer Feliú, como maestro de ceremonias, daba colocación respectiva por antigüedad á los jefes, restos de los gloriosos soldados de la Independencia, que concurrían á orar por la felicidad de la patria en las naves adornadas con banderas rendidas por el esfuerzo de sus hijos. Llenos de escudos, medallas y condecoraciones lucían al lado del almirante Brown los generales Alvarado, Paz, Martínez, Insiarte, Pacheco, Lamadrid, Pirán, coroneles Zapiola, Guido (R.), Rodríguez, Espejo, Olazábal, Quesada, Singler, Seguí, Somellera, Pederneira, Frías y otros.

Cuando á la conclusión del *Tedéum*, formados en masa alrededor de la pirámide los batallones del coronel Echenagucía, de Rivero, Virasoro, Madariaga, la brillante artillería del correntino Solano, la guardia nacional y el ejército todo, el ilustre general Guido empezó aquella elocuente proclama: «Cuarenta y dos años ha que el pueblo de mayo se reunía sobre el mismo suelo que vuestras columnas ocupan...» al concluir entre aplausos, los ancianos lloraban y la multitud atropellábase á besar el obelisco de mayo.

## IV

¡Con qué entusiasmo celebrábase en aquellos tiempos las fiestas patrias! Como si la patria saliera de prolongado aletargamiento, todo el mundo se echaba á las calles, y estrecha era la plaza para contenerlo. Por todas partes músicas y gritería, cohetes y bombas; la atmósfera gris, impregnada de pólvora, recordaba el acre olor de los combates dados para poder congregarse un pueblo libre.

Las fiestas populares seguían, y los niños que habían saludado cantando, alrededor de la pirámide, el primer rayo del sol, subiendo al tablado, en danzas alegóricas y giros armoniosos entretejían cintas celestes y blancas. Al concluir el baile, el mayorcito de los escueleros pronunció una loa tan conmovedora, que á su final se vió más de un anciano de la *Patria vieja* secando lágrimas. Preferidas diversiones eran: calesitas, el palo jabonado, rompecabezas, á toda hora rodeado por muchachería bullanguera, entre arcos moriscos que adornaban la plaza, festonados por guirnaldas de flores y bombas de luces celestes y blancas.

Hasta un ensayo anticipado de iluminación á gas se probó en las noches del 29, 30 y 31, pues que por lluvia del 25, postergáronse las fiestas. La célebre Nerea cantaba en la Victoria el Himno nacional, en substitución de los vivas de Santa Coloma *al magnánimo Rozas*, al levantarse el telón, repetidos el 9 de julio. El elocuente canónigo Flores glorificaba el aniversario de la patria desde el mismo púlpito en que se endiosara al tirano el año anterior. Cuando se elevaba majestuosamente el gran globo desde el cuartel de Echenagucía (hoy Universidad), empezó en el mayor orden y alegría el baile de los soldados de tan distinguido batallón. En él hicieron acto de presencia emigrados como D. Juan María Gutiérrez, Gorostiaga, Ferreira, los doctores Somellera y Carrasco, entremezclados con jóvenes militares: Mitre, Hornos, Conesa, Pirán, Bustillos, Lezica y otros beneméritos jefes, que regresaban á la apertura de las puertas de la patria.

Hubo explosión de entusiasmo patrio que duró por toda una generación, la que asistiera á la caída de la tiranía. Luego, frío más glacial que el del crudo invierno fué extendiendo é infiltrando poco á poco desánimo aletargador, desvaneciéndose como en penumbras lejanas la conmemoración de glorias argentinas.



Gastador de línea, 1856

Ya no quedaba en pie testigo alguno del 25 de mayo de 1810. Iba todo entusiasmo y manifestación de regocijo borrándose en nietos olvidados de hazañas de ilustres abuelos. Parecía que el 25 de mayo amaneciera en mañanas más crudas. Prudente era precaverse de influenza y fríos que en las más heladas montañas no habían achuchado á los viejos que nos dieron patria. Prudente se encontraba también no mortificar sentimientos en extranjeros, que al alzar la vista durante la celebración de fiestas patrias miraban con malos ojos en la Metropolitana banderas inglesas, españolas, portuguesas, trofeos rendidos por el esfuerzo de nuestros padres.

No ha pasado medio siglo del aniversario que festejábamos con nuestros compañeros de escuela el año de la caída del tirano, cuando ya se proyecta suprimir la conmemoración de la Independencia.

¿A qué tanto cohete inútil? ¡Tanto ruido por nada! Los jóvenes de la guardia nacional se cansan de estar parados. Sin duda no descienden de aquellos férreos guerreros á quienes no fatigaron sierras y montañas. Fundamento de nuestro bienestar fueron sus sacrificios. Pasaron. Sólo nos quedan muertos ilustres. ¿Para qué recordarles? ¿Estará á punto de extinguirse entre los argentinos el sentimiento de patriotismo?

Próximos á desaparecer el himno, la pirámide y la conmemoración patria, ¡hay ya quien se atreve á proponerlo!, no será difícil que el 9 de julio de 1916, en vez de encontrarnos las manos entrelazadas nacionales y extranjeros, cantando el Himno nacional al pie del obelisco de mayo, vestido de mármoles de las catorce provincias, pregunte alguno al pasar: «¿Qué hubo en el centro de esta plaza?» Tal vez el más avisado de los escolares llegara á interrogar: «Papá, ¿qué celebraban el 9 de julio, que me han contado no había antes escuela en ese día?»



## EL CUARTO DE SAN MARTÍN

### I

La *Casa del altillo*, *del encuentro*, *la Casa del abrazo*, llaman á la que, en el camino de Tucumán á Salta, sobre el río Yatasto, se encontraron por vez primera Belgrano y San Martín, que no se movió de su sitio; pero el último cuarto de éste, también célebre, es un *cuarto viajero*, y en Brunoy, Boulogne ó Buenos Aires, siendo uno solo, en tres partes distintas estuvo.

Cuentan que la Santa Casa donde moró María Santísima cierta Nochebuena sin luna, se la robaron los ángeles, conduciéndola cerca de Roma (á Loreto), donde actualmente se visita, y con sus mismas dimensiones se encuentran en Nazareth sus cimientos, que por pesados no alzarían con ellos. Sin la reproducción de tal milagro, mientras que descubrimos cómo por arte de birlbirloque vino del uno al otro mundo este cuarto encantado, recordaremos un poco de historia vieja del olvidado libertador de un mundo.

Cumplen los cincuenta años que expiró el gran capitán, quien con menos batallas obtuvo más resultados.